

## *Por qué cuesta tanto hacerse mayor*

Conversación junto a una piscina.

Mi sobrino de tres años: «¿Dónde tienes el pito?».

Mi hija de tres años: «Yo no tengo pito.».

Mi sobrino de tres años: «Y entonces, ¿cómo haces pipí?».

### *La única época en que escribí un diario fue entre los catorce y los dieciocho años*

Aunque no suele ser ése un periodo que, en los chicos, se asocie a la constancia, me pasé tres años y medio escribiendo una entrada todos los días, casi siempre cuando no habían transcurrido ni veinticuatro horas del hecho a referir. A menos que algún desastre o alguna resaca me lo impidieran, me sentaba y transcribía con franqueza y sinceridad lo que me ocurría todos los días y todas las noches.

No tardé en desarrollar cierta habilidad para usar una letra y un estilo que habrían resultado del todo incomprensibles a cualquiera, lo que me proporcionaba gran seguridad en mí mismo. Es asombroso lo que uno está dispuesto a admitirse a sí mismo sobre un papel, sobre todo cuando sabe que lo que escribe es absolutamente secreto. Está claro que había muchos días en los que apenas ocurría nada, pero repartidos entre esos centenares de páginas aparecen momentos de importancia crucial en mi vida –nuevas expe-

riencias, nuevas perspectivas y nuevos sentimientos–, momentos que son mucho más numerosos en esos años que en cualquier otra época anterior y posterior. Lo rutinario se mezclaba con lo raro, y lo raro con lo delicioso. Recuerdo que me gustaba releerlo de vez en cuando para constatar cuánto había cambiado en tan poco tiempo, y cómo las cosas que hasta hacía poco me habían parecido imposibles y exóticas se habían convertido en algo aceptado y normal. El efecto acumulativo del diario me proporcionaba la sensación real de que me dirigía a alguna parte.

A medida que escribía y escribía, e iba releendo, no me pasaba por alto que, casi sin darme cuenta, algo me había ocurrido. De modo muy gradual mis experiencias, perspectivas y sentimientos iban convirtiéndose en algo bastante espectacular. Sin percatarme de ello, yo ya no era la misma persona. Todos aquellos cambios, acumulados, me parecían ahora como una barrera, una cordillera entre mi yo de los dieciocho años y el niño que había sido. Todavía me aferraba a la creencia de que los niños no tienen que crecer –a veces sigo pensándolo–, aunque ya empezaban a acumularse pruebas en contra de aquella idea. Me había gustado ser niño y me gustaba tener dieciocho años, pero se trataba de dos «gustos» muy distintos. Y no había marcha atrás.

Por eso he incluido la cita anterior, porque me ha parecido que tal vez os hiciera pensar hasta qué punto vosotros también cambiasteis (o tal vez estéis cambiando), cuando erais adolescentes. Sin duda esa breve conversación os parecerá de esas cosas que sólo podríais haber dicho hace muchos años. Es posible, incluso, que os cueste imaginar que en algún momento fuisteis esa persona, pero lo cierto es que lo fuisteis, y que ya no podréis serlo más. Esas tres frases de charla infantil dicen mucho sobre la infancia –la ingenuidad sexual, la expresión sincera de la curiosidad sobre las vidas de los demás, la presuposición de que todo el mundo es como nosotros. Probablemente vosotros también penséis que entre vuestro yo de ahora y vuestro yo de entonces también existen montañas de

cambios. Quizá todos nosotros pasemos nuestros años de adolescencia ejerciendo de alpinistas mentales, emocionales y sexuales.

La otra razón por la que he usado esta cita es porque aporta un argumento importante sobre el hecho de crecer. En lo superficial, esa charla junto a la piscina trataba sobre las diferencias básicas entre la sexualidad masculina y femenina, y sobre el hecho de que los niños sean menos sexuales que los adolescentes y los adultos. Pero, al mismo tiempo, muestra que los niños también piensan y actúan de un modo fundamentalmente distinto a como lo hacemos nosotros. Contrariamente a lo que pueda pensarse a partir de la mayoría de debates sobre la adolescencia, ésta no se basa totalmente en el despertar del sexo. Sí, claro, el sexo constituye una parte importante de la vida, y es durante la adolescencia cuando mucha gente empieza a practicarlo, pero el segundo decenio de nuestra vida es mucho más que un curso acelerado de copulación. En este libro, un punto al que regresaré con frecuencia es que, en tanto que adolescentes, todos tendremos que crecer en muchos aspectos –sexual, física, intelectual, emocional, espiritualmente– y que todos esos procesos se dan mezclados. Sí, es posible que durante la adolescencia uno se «sexualice», pero también lo es que se «intelectualiza», que se «emocionaliza» y que se «espiritualiza». Y, claro, además de todo eso hay que aumentar de talla.

Como veremos pronto, creo que son tantos los aspectos que se salen de lo común durante el segundo decenio de la vida que ésta merece que se la vea como una etapa importante por derecho propio, y no meramente como un periodo de transición entre la infancia y la edad adulta. En efecto, mi intención es demostrar que se trata de algo incluso más importante que eso, que constituye una diferencia biológica esencial entre los seres humanos y otros animales. Dicho esto, también conviene mencionar la idea muchas veces citada de que el «adolescente» no es más que una construcción social moderna. Según dicha teoría, hasta la Segunda Guerra Mundial (o alguna otra fecha arbitraria), la gente abandonaba la infancia y

entraba en la edad adulta sin pasar por lo que hoy vemos como un estadio «adolescente». Sin embargo, y a pesar de ser cierto que las actitudes de la sociedad hacia los adolescentes han variado mucho con los años, y que las actividades adolescentes se han ignorado o suprimido con frecuencia, ello no implica que los adolescentes no existieran hasta la segunda mitad del siglo xx. Disponemos de abundantes ejemplos literarios que muestran que el concepto del adolescente como entidad diferenciada lleva centurias existiendo, si bien en formas modificadas propias de cada época. Los antiguos griegos y romanos celebraban mucho el estatus de los jóvenes y las doncellas en sus sociedades, por ejemplo –Homero y Virgilio escribieron subtramas definidas por sus osados protagonistas adolescentes–. ¿Y cabe imaginar que Shakespeare escribiera *Romeo y Julieta*, con todas sus pasiones desmedidas, impulsivas y contrarias, sobre una pareja de adultos? No, los adolescentes no son una idea social, sino, simplemente, bastante distintos a todos los demás.

Esta primera parte del libro supone un intento de responder a la misteriosa pregunta: «¿De dónde vienen los adolescentes?». La complejidad de la experiencia adolescente implica que existen varios modos de responder a esa cuestión. En primer lugar, volvemos la vista atrás y observaremos nuestra historia fósil para descubrir cuándo aparecieron por primera vez los adolescentes, y qué constituye, de hecho, el advenimiento del «verdadero adolescente». Después examinaremos los procesos que anuncian el inicio de la pubertad y la adolescencia en los adolescentes de hoy: cuándo el cuerpo, finalmente, decide concluir la tarea de hacernos hombres o mujeres. A continuación consideraremos los efectos de todos esos cambios en las partes de nosotros que no están directamente relacionadas con las relaciones sexuales con otras personas. No queremos lanzarnos al sexo tan pronto, por lo que abordaremos los aspectos que nos llevan a ser más altos, más flacos, más gordos, más peludos, etcétera. De hecho, la mayoría de adolescentes se pasan más tiempo deseando el sexo, evitándolo, preocupándose por de-

searlo y por evitarlo, que practicándolo. Así, nosotros vamos a seguir el mismo enfoque, y nos entregaremos al equivalente de quedarnos en nuestro cuarto preocupándonos por cosas como la razón de que nos huelan las axilas, y no regresaremos de lleno al asunto del sexo hasta la quinta parte. Finalmente, uniremos los indicios fósiles y biológicos del surgimiento del adolescente humano hasta convertirlos en una teoría que explicará por qué aparecieron los adolescentes, y para qué sirven.

De modo que la primera parte se centrará en los cambios corporales que los adolescentes deben soportar, tolerar o disfrutar –algunos de los aspectos repetitivos, raros y deliciosos que yo anotaba en mi diario. Y, si queréis asombraros constatando cuántas cosas cambian durante la adolescencia, os sugiero que rebusquéis entre vuestras cosas por si encontráis vuestros propios diarios, dibujos o cartas de esa época. Lo único que puedo aconsejaros es que no hagáis como yo y perdáis misteriosamente esos documentos escritos. Llevar un diario me pareció, en su día, una buena idea, pero debo admitir que he soltado un ligero suspiro de alivio al perderlo. No tengo ni idea de dónde se encuentra ahora, ni de si su actual propietario está a punto de descifrarlo.